

Dulce de leche

David Romeo Avila



Dulce de leche

DAVID R. ÁVILA

Capítulo 1

Carmina y yo éramos inseparables. Ella argentina. Yo mexicano.

Por aquél tiempo, tiempo en el que nos conocimos, vivíamos ambos en la calle Margaret casi esquina con Mary. Nuestros diminutos departamentos estaban a tan sólo unos pasos del río Lee, en una ciudad irlandesa pequeña para estándares latinoamericanos, llamada Cork.

Nuestras puertas de entrada estaban una exactamente junto a la otra, siendo que las viviendas eran idénticas, pero opuestas en disposición. La calle entera era así, con módulos dobles por construcción.

Habíamos llegado ahí para trabajar en la misma compañía, justo como todos los habitantes de esa sección de la ciudad. A pesar de no laborar en la misma división, el ser vecinos nos obligó a vernos las caras cada día. Temprano en la mañana al salir y por la tarde al regresar.

-¡Buenos días vecina! -solía decirle antes de saber su nombre

-¡Buen día vecino! -contestaba ella mientras le pasaba cerrojo a su puerta.

Probablemente extrañar tanto nuestra América Latina y el breve uso de nuestra lengua nativa nos dio el impulso de presentarnos y comenzar a interactuar.

-Vecina, soy Mauricio, mexicano. Creo que ya deberíamos saber nuestros nombres. Encantado. -comenté sin más una fría tarde de primavera mientras ambos girábamos la llave para abrir la cerradura.

-Un placer. Carmina, argentina -respondió un tanto seca y apurándose a entrar.

-¿Eso es todo Carmina? -agregué divertido y sonriendo al notar su prisa por entrar, mientras frotaba mis manos cubiertas con gruesos guantes y de mi boca salía una columna de vaho.

Carmina se detuvo en seco, volteó a verme y me dijo con firmeza viéndome a los ojos:

-Che, estoy feliz de hacer amigos y conocidos pero eso es todo. Si vos buscás otra cosa, podés parar de una vez, que no va a pasar-

Me sorprendí por un segundo pero en seguida le expliqué mis claras

intenciones:

-No vecina, despreocúpate. Nada de eso. Tengo pareja en México y espero pronto poder regresar con ella. Simplemente creo que me siento solo en este país extraño. Aquí entre tanto anglosajón somos prácticamente primos.

Ella alzó una ceja y entrecerró los ojos con sospecha..

-Che, es en serio. Que después los mexicanos creen que un "No" es un "Sí" con juego de dificultad-

-Te lo aseguro -prometí solemne levantando una mano en señal de juramento.

-Es la otra, boludo. La derecha, no la izquierda. -reprendió riéndose y extendiendo su brazo para sacudir su mano con la mía.

Así, Carmina y yo comenzamos una linda amistad. Ella era una mujer franca, de carácter fuerte, inteligente, de sensibilidad extrema y orgullosa de ser quien era. Nos caímos perfecto en seguida y nos hicimos uña y mugre.

A la vuelta de un tiempo, desarrollamos un pequeño ritual que seguíamos religiosamente cada tarde entre semana, después de regresar juntos del trabajo: platicábamos horas entras tomando mate con dulce de leche, galletas, pan dulce, y ocasionalmente vino.

Ella proveía el mate y el dulce de leche, de sus grandes existencias traídas de Argentina, y yo compraba las galletas, el pan dulce y el vino.

Nos alternábamos para ser los anfitriones: un día en mi departamento, otro en el suyo. Tan idénticos eran por fuera como por dentro. Solíamos sentarnos en las sillas de madera del ridículamente pequeño comedor del departamento en turno, frente a la mesa redonda de cristal y al lado de la ventana con marco de madera.

Una tarde, como todas, regresamos de trabajar. La tertulia tendría lugar en mi casa.

-¡Che! Voy por las cosas y te veo en dos minutos. -Avisó, dando dos pasos más a la izquierda para dirigirse a su puerta de entrada.

-¡Perfecto! ¡Hasta ahora! -contesté con buen humor y una sonrisa; como siempre.

Por alguna extraña razón, imagino que por ser ella la proveedora, jamás había tenido que referirme al dulce de leche de Carmina. -"¡Qué bueno

está esto!" ¡Que cosa más deliciosa!"- eran, cuando mucho, las expresiones dirigidas a él; antes de continuar con cualquiera que el tema de conversación fuera en ese momento.

Esa tarde, sin embargo, al abrir la puerta en respuesta del llamado de Carmina, noté que sólo traía entre sus manos el mate y las materas. Permanecí bloqueándole la entrada, sonriente y juguetón.

-La cajeta o no hay trato -dije simplemente, con los brazos cruzados, las piernas abiertas en postura de soldado macho pero manteniendo la sonrisa.

-¿Queeeeeé? -replicó ella sorprendida.

-¡Dale! A mostrarme la cajeta he dicho. Hoy la llevas metida quién sabe en donde y si no te la veo, no hay nada de nada hoy. Con este vino caro que compré, tengo derecho a un poco de tu cajeta. -Continué sin darme cuenta de que estaba prácticamente invocando a Satanás.

-¿Queeeeeé? -volvió a decir Carmina con un volumen vocal bastante más alto. Sus ojos estaban abiertos como platos y de ellos parecía salir fuego.

Comencé a preguntarme si algo andaba mal.

-¿Pero qué te pasa pelotudo de mierda? ¿Estás drogado? ¡Vos no sos así!- Vociferó a mil por segundo.

Comprendiendo que algo andaba mal, deseché el tono de juego para hablar amistosa y explicativamente, no ayudándome ni un poco con ello.

-¿Pero por qué te exaltas tan feo? Tu tienes cajeta y a mi me gusta la cajeta. ¿Es en serio que eso va a ser un problema precisamente hoy? - pronuncié con un poco de mortificación.

Carmina estaba fuera de sí y yo no entendía en lo más mínimo el porqué. Dio la media vuelta y se dirigió a su departamento dando grandes zancadas.

-¿Y ahora a dónde vas? -exclamé desconcertado.

-¡Te voy a dar tu cajeta! -escuché proveniente del interior de su departamento.

Esperé en el quicio de la puerta; aún sin entender. Comencé a sentir frío.

-¡Apúrate Carmina! -grité. -¡Está empezando a helar, es mejor que entremos ya. Olvida la cajeta- continué; intentando brincar de momento

el altercado inexplicable y resolverlo más tarde.

Carmina salió dando las mismas zancadas pero esta vez cargando una cubeta de agua. Se paró frente a mi y con gran fuerza me la vació encima.

-¡Aquí está tu cajeta hijo de puta, concha-tu-mare!- Gritó frenética. Algunos vecinos ya asomaban por sus ventanas con cara de espanto.

Sin decir más, Carmina regresó a su departamento, dando el portazo más sonoro de los tiempos modernos al entrar.

Yo me quedé unos segundos ahí, empapado, tiritando de frío, sin la más remota idea de lo que había acabado de pasar. Entré a mi departamento y le llamé a Lucy, mi pareja en México.

Después de contarle lo ocurrido y de esperar 10 minutos a que acabara de reírse como loca, me dijo:

-Eres bruto o te haces Mauricio. ¿De verdad no sabes lo que es cajeta en Argentina?- me dijo antes de volverse a atacar de la risa.

Yo, enfadado, aún empapado y al teléfono repliqué gélidamente: -No.

-¡Ay corazón, pues ni como ayudarte!- escuché entre jadeos de risa.

Después de que se hubo calmado, me dijo, aún luchando por mantener la compostura: -¡Abre tu computadora y búscalo por Dios!

Así lo hice para descubrir las barbaridades que había dicho sin haberlo querido.

A continuación, escribí un correo electrónico para Carmina. En el "asunto" escribí: "Cajeta. No te enojés. Sólo léelo". Después copié y pegué un enlace que explicaba los diferentes nombres del dulce de leche en toda América Latina. Copié y pegué incluso una imagen de una marca comercial mexicana de la golosina en cuya etiqueta se leía "Cajeta". Finalmente escribí brevemente cuánto lo sentía y que absolutamente no había sido mi intención ofenderla. Apreté "enviar" para después cambiarme de ropa y comenzar a limpiar la húmeda entrada a mi departamento.

Apenas 5 minutos después escuché el timbre de la puerta. Al abrirla me encontré a Carmina, quien sostenía en sus manos un bote de...esa cosa que tanto problema había causado, junto con el mate y las materas.

-Che, lo siento. ¿Aún querés platicar?- dijo con pena y mirando al suelo.

-Ay Carmina, lo siento yo. ¡De verdad no sabía!- contesté cauteloso y en voz baja.

Me abrazó, me dio un beso en la frente y volvió a abrazarme. Durante el segundo abrazo dijo con aire crítico:

-Están enfermos en ese país de vos. Llamarle cajeta a un dulce... ¡Pfff!

Eventualmente Carmina regresó a Buenos Aires y yo a la Ciudad de México. He perdido el contacto con ella pero la recuerdo con gran cariño y aún me río con Lucy cuando vamos al supermercado y nos topamos con la sección de las "Cajetas".

